

PADRE JOSÉ R. GODOY MORA, SDB, UN DISCÍPULO Y MAESTRO DE LA FE

Rafael Andrés Borges, SDB*
Caracas, 6 de mayo de 2019

En la madrugada del 3 de marzo de 2019, hacia las 03.00 am, hora local en Roma, nuestro querido padre José Godoy SDB, dijo su último Amén en esta vida y cantó su primer aleluya en la eternidad. Después de un mes de muchos esfuerzos médicos y de su paciente fe, descansó este gran Salesiano, tan entregado a Cristo Sacerdote en la Iglesia, en la Congregación y en la familia salesiana.

Apenas conocida la noticia en Venezuela, la noche del sábado 2 de marzo, se unieron en una sentida oración de acción de gracias y de sufragio por su eterno descanso, sus familiares, los Salesianos de la Inspectoría San Lucas, junto a toda su querida Familia Salesiana de Venezuela, con la admiración y el respeto de la Iglesia local; todos unidos con el recuerdo agradecido de haber conocido a este hombre de Dios, entregado a los jóvenes y a la Iglesia; todos con la tristeza de que Godoy se hubiera ido al cielo desde Roma, sin poderlo despedir entre nosotros.

SEMBLANZA BIOGRÁFICA

José Romualdo Godoy Mora [2] nació en el valle del Mucurujún, a orillas del río Motatán, que riega los campos de Timotes, en el Estado Mérida. Cercana la Navidad, el lunes 18 diciembre de 1944, se adelantó el niño Jesús para su familia: Luis y Rafaela quienes ya cuidaban a sus seis hijos, recibieron al toño para completar los siete hermanos.

Recibió su bautismo el día 6 mayo de 1945, fecha que posteriormente le inspiraba a José en modo especial, porque en la reforma litúrgica de la Congregación salesiana, ese día quedó para celebrar la fiesta de Santo Domingo Savio.

*Director de la Comunidad Salesiana San José de Boleíta. Caracas. Licenciado en Teología en el ITER. Integrante de la primera promoción de ITER-UCAB. Licenciado en Roma.

Régulo, como lo llamaban en su casa en memoria del abuelo materno, creció con el amparo de una familia de reconocida vida cristiana; hijo de Luis Antonio Godoy, paisano timotense y de Rafaela Mora de Godoy, nacida en Sai, entre Boconó y Niquitao (estado Trujillo), el niño fue educado con las mejores tradiciones de un hogar andino, con la fe y el tesón que custodian los ancestrales habitantes de esas montañas merideñas en Timotes.

José siempre conservó un cálido recuerdo de su humilde casa de hogar, donde nació; todavía se conserva, en una de las laderas del fértil valle, en el sector El Llanito, custodiado por sendas montañas parameras, testigos silentes de las más antiguas tradiciones timotocucicas y con un cielo que hace de carpa acogedora, inspirando la vida laboriosa y los sueños de cálido reposo.

Igual que Juanito Bosco, también Régulo recorría en cuesta varios kilómetros para ir a la Escuela Unitaria en Casa de Teja, o a la iglesia parroquial en el centro del pueblo. Por ahí va Régulo, con suecos en los pies y los zapatos bonitos en una mochila, para cambiarlos antes de entrar. Él mismo escribió que con sus hermanos y amigos de infancia recorría esos caminos, arrullados por el trinar de las aves y el suave rumor del río que todavía hoy baña su hermoso valle y que con sus sauces llorones embellecen ese paisaje.

Entre tantos recuerdos bonitos de su infancia, el P. Godoy siempre mantuvo un sentimiento agradecido con el Párroco de su niñez, el P. Rincón. Eran frecuentes sus comentarios sobre las hermosas fiestas decembrinas que comenzaban con María Virgen Inmaculada, seguían con los festejos patronales de su Parroquia Santa Lucía y las inolvidables madrugadas de las Misas de Aguinaldo, en la novena para la noche de Navidad. Desde niño participó en la sentida devoción a San Benito de Palermo, celebrado en esa zona andina cada 29 de diciembre. De su mismo testimonio escrito leemos como parte de su devoción: “con la Virgen de Coromoto y tantas otras celebraciones que en aquellos años hacían de nuestra Iglesia el centro y la referencia de la vida del nuestro pueblo”. Ese fue el clima humano y religioso en el que Dios inspiró en aquel monaguillo un deseo: “yo también quiero ser sacerdote”.

Junto a esos recuerdos de fe sencilla y devota, el padre Godoy cultivó también su agradecimiento a la querida maestra Filomena, a quien conoció en el entorno natural del paisaje verde de La Lajita, por los senderos hacia Casa de Teja.

En su apunte biográfico el padre Godoy deja constancia de su buena salud cuando niño, y comenta jocoso las famosas purgas de ricino y media naranja. En ese calor de familia pobre campesina y de pueblo cristiano, tan devoto en sus tradiciones religiosas, con la cercanía de tantas amistades nobles, José

Romualdo recibió el sacramento de la Confirmación en el año 1953. En esa fecha se preparaba para cursar sus estudios en la recién inaugurada Escuela “Canónigo Uzcátegui”.

Por testimonio de su hermana María, sabemos de la visita fortuita que hiciera en su casita un sacerdote salesiano que, de paso por Timotes, un buen día fue atendido oportunamente por la Señora Rafaela. Se trataba del P. Alejandro Ramírez, que estando en la comunidad salesiana de Valera, durante el año 1955 pasó un breve período en Timotes, sustituyendo al Párroco. Durante esa visita y en la cordialidad de la conversación, asomó el tema del interés del hijo menor por ser sacerdote. De hecho, ya se habían hecho contactos con los Capuchinos de Mérida, pero los requerimientos eran demasiado para una familia pobre que vivía al día.

Fue así como providencialmente Dios abrió los caminos para su elegido. Del frío de aquellas montañas y en compañía de su papá Luis Antonio, los planes de Dios hicieron que, en 1955, Régulo llegara al Valle de Caracas, al Aspirantado salesiano Domingo Savio, ubicado en las inmediaciones de la otrora Hacienda de Bolea; allí completó su educación primaria y continuó generoso en su búsqueda vocacional.

En su maleta se llevó lo poquito con lo que su familia y amistades pudieron apoyarlo; en su corazón se llevaba el valioso tesoro del calor de un hogar cristiano, el sello imborrable de sus amistades y de los coloridos paisajes de ese pedacito de Paraíso andino, hecho de fraternidad, de austeridad, de respeto y de esa paz gozosa de toda persona buena.

En el ardor de su primera juventud, José Romualdo se ofreció a Dios; cuando contaba con 16 años de edad, el 25 agosto de 1960 comenzó su año de Noviciado, en la colina de Santa María (Los Teques); allí recibió la imposición de la sotana el 30 de octubre del mismo año y con su primera Profesión Religiosa, se entregó a Dios en la Congregación salesiana, el 26 de agosto de 1961. Con esa fecha también el P. Godoy hizo posteriores comentarios agradecido con la providencia de Dios, porque desde el año 2007, ese es el día en el que la Familia salesiana celebra la santidad del Beato Ceferino Namuncurá, un joven indígena de la etnia sureña mapuche.

Cumpliendo sus años de postnoviciado en Altamira, entre 1961 y 1964, el clérigo Godoy se dedicó a los primeros estudios de la filosofía y a la capacitación docente. Un momento difícil en su camino vocacional, lo representó la muerte de su papá, ocurrida el 27 de enero de 1964. Ese acontecimiento abría la posibilidad de que José Godoy dejara la Congregación de los Salesianos y siguiera su camino como seminarista diocesano. La tensión quedó liberada

con una actitud de fe y confianza por parte del joven salesiano Godoy y el apoyo de su misma familia.

Reconociendo sus dones de naturaleza y de gracia, sus Superiores lo enviaron a Roma en el año 1964 con el fin de consolidar sus estudios de filosofía. La Casa salesiana en la que estudió, sede del entonces Pontificio Ateneo Salesiano, es la misma donde estuvo hospedado durante sus últimos seis meses de vida, antes de su fallecimiento: en el Sacro Cuore de Roma. De esa sede, el seminarista Godoy formó parte de los Salesianos que inauguraron la nueva sede de la Universidad Pontificia Salesiana, en la zona conocida como Nuovo Salario, en Roma. Entre los muchos apoyos que Dios le envió, Godoy recordaba con frecuencia la presencia del entonces P. Rosalio Castillo, flamante docente salesiano venezolano, experto en Derecho y de quien recibió ya desde entonces un trato muy cercano y oportuno.

Los años vividos en Roma nutrieron en la espiritualidad de Godoy un profundo amor a la Iglesia y a la Congregación. Con esos logros, regresó a Venezuela respaldado con el grado de Licenciatura en Filosofía y con tantas semillas de evangelización para sembrar en su querida Patria.

En sus años de tirocinio ofreció sus servicios como joven formador en el Posnoviciado de San Antonio de Los Altos, con el ejercicio docente de la filosofía. Será allí donde, el 31 de agosto de 1967, Godoy celebre con la Profesión Perpetua, su gran generosidad para con Dios, la Iglesia y la Congregación; contaba con 23 años de edad.

En su camino de formación sacerdotal, vivió de nuevo en Roma desde 1969 a 1972, dedicado esta vez al estudio de la teología. Para ello fue destinado a la comunidad salesiana del Testaccio porque desde ahí podía desarrollar más cómodamente sus compromisos académicos en la Universidad Gregoriana de Roma.

De su segundo tiempo en Roma, el P. Godoy siempre recordó con mucho agrado su experiencia comunitaria, académica y apostólica en la Parroquia Santa María Liberatrice, del Testaccio. Desde entonces conservó sólidas amistades, entre Salesianos y laicos, como si fueran nuevos parientes que siempre le estuvieron muy cercanos en su vida. En sus mismas palabras leemos: “Me gustaba mucho el ambiente de la parroquia; cuando diácono cuidaba a los monaguillos y atendía las vísperas de los domingos, siempre gratos los encuentros con tantos exalumnos y amigos del oratorio. Durante ese tiempo pude establecer muchas amistades con familias y numerosos jóvenes; esta cercanía con los fieles de la parroquia, me dio gran posibilidad pastoral y formativa”.

Entre sus profundas vivencias, el padre Godoy dejó constancia del testimonio significativo que por entonces recibió de su director, el padre Pedro Brocardo, dechado de salesianidad, como también el testimonio del padre Julio Girardi, investigador de gran renombre. Con esa intensa experiencia de Iglesia y de Congregación, Godoy vivió el primer sexenio de la renovación carismática salesiana después del Concilio Vaticano II.

En esos años, Godoy recibió el signo de la tonsura el 16 de febrero de 1971; durante el mismo año le fueron conferidos los ministerios de Lectorado -el 18 de abril- y de Acolitado -el 2 de mayo-. Su ordenación diaconal fue el 27 de marzo de 1972, providencialmente el mismo día en que en 1841 recibiera el diaconado el seminarista Juan Bosco.

A lo largo de sus años de formación inicial José fue forjando su definido talento espiritual del cual todos hemos recibido su resplandor tan luminoso, hecho de piedad eucarística y mariana, de celo apostólico, de disciplina, con aguda reflexión y cercana fraternidad. Leemos de su puño y letra un mensaje enviado a su hermana María Godoy: "Mira la imagen de Jesús Buen Pastor, con su ovejita al hombro. Pídele que haga de tu hermano que aspira al sacerdocio, un buen pastor de las almas que en el futuro le serán confiadas a sus cuidados".

A la edad de 28 años, el domingo 26 agosto de 1972 fue ordenado Sacerdote en la ciudad de Mérida, de manos de Su Excelencia Mons. Ángel Pérez Cisneros. Para ese momento eligió un lema de vida, inspirándose en la misión sacerdotal juvenil de Don Bosco, a quien un día sus muchachos le oyeron decir: "Aquí con Ustedes me encuentro bien; mi vida es realmente estar con Ustedes" (Don Bosco).

En la fiesta de la Natividad de la Virgen María, el día 8 de septiembre del mismo año, celebró su primera misa con su familia y paisanos en su pueblo natal. Para la fecha, el padre Godoy invitó a las cofradías coromotanas para que, entre las tradiciones de los Cospes y los Giras sanbeniteros, dieran esplendor de devoción popular a esa celebración tan especial de su sacerdocio. Ese día prometió que, en lo posible cada 29 de diciembre estaría presente en Timotes para las fiestas de San Benito.

El fiel recorrido de su vida sacerdotal en la Congregación lo comenzó en el Barrio El Concejo, al sur de la ciudad de Valencia. El domingo 17 de septiembre del mismo año celebró su primera Misa en la Parroquia San Juan Bosco, el campo de su primer apostolado sacerdotal. En su tarjeta de recuerdo dejó memoria de su inspiración bíblica: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres. Hoy se cumple esta escritura" (Lc 4, 18.21).

De ese modo, entre 1972 y 1973 el novel sacerdote vivió con un especial ardor apostólico y una particular sensibilidad salesiana que marcaron su vida en los caminos de la evangelización con los jóvenes y los pobres de Venezuela. En sus apuntes, Godoy dejó constancia de que fue la experiencia sacerdotal más bella de su vida: el fuerte encuentro con la pobreza y la marginación hizo que casi engavetara sus títulos académicos. El padre Godoy estrenó su sacerdocio en el clima de renovación posconciliar y carismática que por esos años estaba ocurriendo en la Congregación, aprendiendo con sus hermanos a vivir -como se decía por entonces- con Don Bosco en los tiempos y no tanto en los tiempos de Don Bosco.

Con ese intenso estreno sacerdotal, Godoy fue trasladado a Caracas para vivir en la comunidad de San José de Boleíta, al servicio de la Escuela Técnica Popular Don Bosco. A esa casa volverá muchas veces más y quiso Dios que esta fuera su última comunidad; ahí lo llamó en su adolescencia y de ahí lo llamó a su presencia.

Vivió el año académico del 1973 a 1974 como formador en el Noviciado de San Antonio de Los Altos; en ese lapso continuó apoyando el plan pastoral de El Boquete en Valencia y recuerda el padre que por esos meses vivió un momento de profunda conversión espiritual, con lo que aprendió a enfrentar de un modo más adecuado tantas situaciones conflictivas que se vivían en aquellos años.

El padre Godoy regresó a Roma, esta vez a la comunidad de San Tarsicio, en las Catacumbas de San Calixto; allí completó los requisitos académicos para su especialización en teología moral, en la Universidad Pontificia Gregoriana. Llevaba en su corazón las desafiantes voces de Dios que los Salesianos de Venezuela estaban escuchando en la vida de los jóvenes y de los pobres; el testimonio y el liderazgo del P. Godoy dejó desde entonces en la Inspectoría su propio tono de radicalidad con Cristo, en la fidelidad creativa al carisma de Don Bosco.

A su regreso, en el año 1976 fue enviado de nuevo por un breve período a la Técnica Popular Don Bosco, esta vez con el encargo de atender a los estudiantes obreros del turno de la noche. Posteriormente fue trasladado a la comunidad del Colegio San Francisco de Sales en Sarría. Estrenando sus 33 años de vida; allí desarrolló un inolvidable y ardoroso apostolado sacerdotal caraqueño, entre 1977 y 1985.

Desde el compromiso de su apostolado sacerdotal y su reconocida dedicación académica, el P. Godoy formó parte de la generación de Religiosos que apostaron para que la Vida Consagrada aconteciera en Venezuela. Fru-

to significativo de esos esfuerzos conjuntos, es el Instituto de Teología para Religiosos (ITER), de quien fue uno de los profesores pioneros y el primer secretario.

Durante los años transcurridos en Sarría, el padre Godoy se empeñó en relanzar en Venezuela a los grupos laicales de la Familia Salesiana. De esa época conservamos un testimonio de su amigo, Julio García: “apenas llegado, el padre convocó a un grupo de jóvenes, con los que organizó un oratorio para los niños y adolescentes de un barrio cercano. La mayoría de esos jóvenes eran exalumnos, recién egresados del colegio; también participaron muchachos y muchachas que venían de otros colegios y estaban deseosos de algún compromiso. Religiosamente, cada sábado por la tarde, buscaban a los chamos al barrio, los llevaban al patio del colegio y luego de pasar una tarde de juegos y actividades deportivas, los acompañaban de regreso a sus casas, no sin antes merendar y tener una actividad con matiz formativo. Algún salesiano de la comunidad bautizó a esos jóvenes que trabajaban en el oratorio como “los muchachos de Godoy”: era claro el testimonio de una familia, con los valores de la disciplina, la responsabilidad, la solidaridad y la mística por el trabajo que realizan con los niños y jóvenes del oratorio. Valores que sin duda delinearon la vida familiar y profesional de quienes fuimos sus hijos espirituales; primero fuimos sus destinatarios y luego fuimos corresponsables con él en el trabajo salesiano”.

Con esa certeza del apostolado seglar juvenil salesiano, Godoy dedicó mucho de su ingenio y apostolado sacerdotal al fortalecimiento de los Salesianos Cooperadores, a la Asociación de María Auxiliadora, a la incipiente Asociación de Damas Salesianas y a los Exalumnos. En todos esos grupos el padre Godoy dejó su sello formativo orientado a la identidad vocacional del laico salesiano. Su amor al carisma también lo dejó ver en su apoyo espiritual tan fraterno y constante ofrecido a las Hijas de María Auxiliadora, a las Hijas de los Sagrados Corazones, a las Hijas del Divino Salvador, a las Voluntarias de Don Bosco y a las primeras vocaciones de los Voluntarios con Don Bosco.

Por esos años el padre José acompañó con mucho fervor los encuentros de oración que propiciaba la Renovación Carismática Católica, en especial a la comunidad que hacía vida en la Parroquia María Auxiliadora de Sarría. Al padre Godoy se le veía en jornadas de alabanza, animando retiros, confesando y en largas horas dedicadas a la dirección espiritual, en especial con jóvenes.

Para todo este fecundo apostolado, Dios encomendó a su elegido la prueba que da a sus mejores siervos; habiendo dejado constancia de una infancia y adolescencia llenas de salud, resultó que desde mediados del año 1979, el pa-

dre Godoy comenzó a vivir el dolor de su larga enfermedad, el lupus renal. La pascua de ese año fue el tiempo en el que aparecieron los primeros síntomas; el padre los recibió con el impacto del caso, en una combinación de sorpresa en su joven sacerdocio tan prometedor y con una desafiante confianza de su vida en Dios.

Recibido el diagnóstico en septiembre de 1979, en un momento tan difícil, el padre dejó un testimonio claro de su profunda crisis, vivida con un especial talante espiritual. En sus mismas palabras se lee un breve relato de cuando estuvo en grave estado de salud: "Como yo pertenecía al movimiento de la renovación carismática, todos los grupos de la ciudad se pusieron a orar; en el santuario de María Auxiliadora de Sarría hicieron una vigilia de oración durante toda la noche y al día siguiente salí del estado de coma en el que yo me encontraba. De ahí en adelante me fui recuperando poco a poco: un verdadero milagro de nuestra Madre, que me permitió reemprender mis servicios académicos de filosofía en la Universidad Católica y de Teología en el ITER".

Superada esa primera crisis, Godoy comenzó a reconocerse como un "enfermo sano para seguir recorriendo un camino de a pie en su entrega sacerdotal". Desde entonces, durante todos esos años, con una fe probada, él dio testimonio de su confianza en Dios y de su entrega incondicional a la misión de la Iglesia y de la Congregación.

De Sarría fue enviado a la comunidad de La Vega, como formador en el teologado San Lucas, durante el trienio de 1985 a 1988. Ya desde sus primeros años de vida salesiana, el seminarista Godoy había ofrecido, junto a su testimonio de fidelidad creativa, una particular pedagogía para los hermanos en formación inicial.

El año 1988 regresó a Boleíta, esta vez a la Casa Inspectorial y desde 1990 a 1999, cumplirá el largo servicio de Vicario del Inspector. En ese servicio amplió su cobertura de animación pastoral y de gobierno, con unas características que le recordamos por su esmero y pulcritud, su disciplina religiosa, la lealtad crítica a la Congregación, con una renovada pasión por la misión salesiana en Venezuela.

Mientras fue Vicario Inspectorial, tuvo el encargo como Delegado del Inspector para la Familia Salesiana, por lo que atendió de manera especial a los Exalumnos y a los Salesianos Cooperadores, de quien fue Delegado Inspectorial por el lapso de 10 años.

Durante ese largo período de servicio inspectorial pudo ampliar también la cobertura de sus servicios eclesiales, en especial con la formación en los

Seminarios y de la vida consagrada. Hoy en día, son varias las generaciones de Obispos, sacerdotes y religiosos que guardan en su memoria agradecida, el testimonio de este Salesiano Sacerdote.

Al respecto, el testimonio de Su Eminencia Mons. Baltazar Cardenal Porras: “Sus años de preparación al sacerdocio, al carisma salesiano, a la investigación y a la docencia, le dieron un rico instrumental para el ejercicio de su ministerio. Sus alumnos por más de cuatro décadas lo recuerdan con cariño porque sus enseñanzas de moral católica, fue avanzada desde sus inicios. El tiempo le ha dado la razón y lo convierte en uno de los mejores exponentes de la moral católica de la Venezuela postconciliar. Con el ejemplo fue el mejor maestro: exigente, puntual, claro y conciso. Ni la enfermedad lo hizo abandonar sus obligaciones, cumplidas con una altura envidiable, como si no llevara sobre sí los estragos de diversas dolencias” (Cardenal Porras).

Cumplidos tres períodos con ese encargo, los superiores lo enviaron como director al Colegio Don Bosco de la ciudad de Valencia.

Ya en el año 2001 estará en el Liceo San José de Los Teques, para continuar sus servicios académicos en el Instituto Universitario Salesiano padre Ojeda (IUSPO) y siempre con el apoyo tan oportuno a las comunidades formativas de los Altos Mirandinos. Transcurridos cinco años, es enviado nuevamente a la comunidad de los estudiantes de teología, para el momento ubicado en Macaracay, al este de Caracas, donde permanecerá hasta el año 2007.

Desde ese año hasta el año 2019 formó parte de la comunidad salesiana de la Escuela Técnica Popular Don Bosco, desde donde ofreció por tres años su obediencia en el encargo de secretario inspectorial, entre el 2014 y el 2017.

Durante esos años fue de gran significatividad el aporte académico del padre Godoy como presencia de Iglesia en la comisión de estudio bioético del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC).

A lo largo de todo este recorrido tan variado en su vida, el padre Godoy “nunca olvidó su terruño. Compartía, cada vez que podía, las fiestas y las efemérides religiosas y familiares. Sus paisanos le tuvieron siempre una gran admiración y agradecimiento. Al cumplir 50 años de edad, fue declarado Ciudadano Ilustre de Timotes. Como devoto de San Benito, era uno de sus cofrades más fieles. Horas de confesonario, charlas y pláticas para que la fiesta no se quedara en el relumbrón del hermoso colorido de las comparsas, ni en las horas de ensayo. Promovió la proyección solidaria y caritativa, más allá del estrecho límite de cada grupo. El padre Godoy es la mejor expresión del auténtico devoto andino a la hermosa tradición sanbenitera”. (Cardenal Porras).

Por cierto, esta devoción y cultura de su gentilicio timotense, acompañó providencialmente al padre Godoy en el arco de su vida. Aun siendo una fiesta celebrada con mucho fervor antes de su nacimiento, resultó que la Sociedad de San Benito de Palermo se fundó en Timotes el 29 de diciembre de 1944, once días después del nacimiento de Régulo. La vida hizo que el padre Godoy falleciera en Roma un 3 de marzo, fecha en la que algunas comunidades y pueblos celebran al Santo Negro; además, una vez cumplidos los ritos y las honras fúnebres, la familia Godoy cumplió con los días de novenario, desde el 27 de marzo hasta el 4 de abril, fecha litúrgica de San Benito de Palermo, según el Martirologio Romano.

El P Godoy, durante sus visitas a su pueblo cada mes de diciembre, era el sacerdote más esperado por los vasallos de San Benito. El 29 de diciembre, temprana la mañana, de forma consecuente, era el confesor de muchos de ellos. Incluso, para muchos feligreses era quizás la única confesión que harían durante el año. Con esas largas horas confesando, este sacerdote amigo dejaba recuerdo de las historias de Don Bosco en su pueblo y entre sus jóvenes.

De ahora en adelante el padre Godoy forma parte del patrimonio espiritual de Timotes y de la Iglesia en Venezuela. Él dejó a los Vasallos de San Benito un recuerdo especial que hoy conservan en su corazón y en sus labios: “San Benito bendito, yo hoy bailaré por ti y Tú ruega a Dios por mí”

Por más de cuarenta años José Godoy se las ingenió para que cumpliendo con sus deberes diarios por el cuidado de su salud, siempre estuviera presente su apostolado académico y sacerdotal, en las frecuentes confesiones, con su retadora predicación, en el acompañamiento espiritual a tantas personas y hasta el final, con sus aportes de reflexión académica para la Congregación y la Iglesia local.

En el testimonio de Su Eminencia Cardenal Baltasar Porras leemos que “tanto el lupus, como sus deficiencias renales, no lo amilanaron, con todo y que lo obligaban a un estricto control personal para conectarse a un aparato que le garantizara su sobrevivencia. Al contrario, todo esto le ayudó a crecer en su entrega a la oración y a la atención de su ministerio sacerdotal y docente. Escogía las horas tempranas para la diálisis, a fin de aprovechar el resto de la mañana para cumplir sus compromisos, como si nada. Y todo lo hacía con alegría y disposición de servir”. (Cardenal Porras).

En el mes de septiembre de 2018 Godoy viajó a Roma, en búsqueda de mejor salud. Atendido espléndidamente en la comunidad de la Casa General, vivió seis meses con las consecuencias del deterioro que tenía, ya era irreversible. El último mes fue muy exigente para su talante espiritual y su organismo; una pulmonía muy severa se añadió al ya complicado cuadro de su

frágil salud. Junto a las intervenciones médicas, también celebró consciente el Sacramento de la Salud, y comulgó hasta que se lo permitieron las circunstancias. Una de sus jaculatorias y que enseñaba a sus fieles, seguramente le acompañó en ese trance: “Mi Jesús Sacramentado, mi dulce amor y consuelo: ¡quién te amara tanto, que de amor muriera por Tí!”.

Los hermanos de la Comunidad de la Casa General se prodigaron en atenciones y cuidados extremos para el querido Don Godoy. Gratitud perenne por este gesto de fraterna solidaridad, desde el Rector Mayor en adelante, de quienes comentaba con emoción el padre José, acerca de tantos detalles para el cuidado de su salud.

El día 3 de marzo de 2019 en Roma, siendo hermano de la comunidad San José de Boleíta, Dios lo llamó a su presencia. En su piedad sencilla muchas veces oro y enseñó esta jaculatoria “Mírame oh María, mírame otra vez, porque cuando tú me miras, me mira Jesús también.”

Uno de sus amores espirituales en vida fue la devoción al Corazón de Jesús; su Maestro lo premia y le deja un sello de lo alto con los Funerales solemnes que fueron celebrados en la Basílica del Sacro Cuore en Roma, el sábado 9 de marzo de 2019, presididos por uno de sus exalumnos y hermano, su excelencia monseñor Raúl Biord.

Desde Timotes, sus familiares y paisanos, unido el clero y fieles merideños, solicitaron a los Superiores salesianos que los restos del venerado padre Godoy reposaran en el Santuario de San Benito, en Timotes. Hechas las diligencias y con la colaboración de amigos y bienhechores, se logró esa odisea, en los tiempos tan difíciles que vive Venezuela.

Recibidos sus restos en Maiquetía el domingo 24 de marzo, los familiares y amigos cercanos, junto a la Familia Salesiana de la gran Caracas, se reunieron para celebrar con el blanco de la liturgia propia del día 25 de marzo, la solemne Eucaristía exequial. Fue una Misa ungida, con una plegaria serena y agradecida, presidida por su eminencia monseñor Baltazar, Cardenal Porras, concelebrando nuestros Obispos salesianos y otros pastores de la Conferencia Episcopal, junto a casi sesenta sacerdotes que acompañaron a la numerosa representación de la Familia Salesiana, así como amigos laicos de la Arquidiócesis de Caracas. Una liturgia solemne por la sobriedad de sus gestos y por la intensidad de sus oraciones y cantos.

Al concluir la Eucaristía el cuerpo del padre Godoy fue trasladado a Timotes, su pueblo natal donde lo esperaban con una gran devoción para darle cristiana sepultura en el Templo de San Benito.

Una vez llegados los restos a la comunidad de Timotes, más que ver a una familia en duelo, se trataba de todo un pueblo en gratitud, porque el querido difunto, más que de los Godoy Mora, es de todos; él se dejó querer por todos y con todos fue siempre sacerdote ejemplar, reconocido por su sencillez, su humildad y su piedad: expresiones que comentaban tantas personas, agradecidas por el sacerdote bueno y tan preparado, que siempre fue otro paisano sanbenitero.

La veneración ofrecida al esperado difunto fue tan pulcra y respetuosa, hecha de sentimiento dolido y de admiración, como cuando se trata de un santo. En esa veneración de un pueblo que camina, llevando en hombros a su ciudadano ilustre, se veía y oía lo que estaba ocurriendo: “vienen con alegría, cantando vienen los que caminan por la vida sembrando tu paz y amor”.

Obispos peregrinos por las calles de Timotes, hombro a hombro con clérigos, religiosas y el pueblo fiel de Dios: familias enteras, ancianos venerables-compañeros de Régulo en la escuela y en las travesuras por esas laderas andinas y las riberas del río-; jóvenes penitentes del padre flaquito que predicaba bonito y daba buenos consejos; vasallos de San Benito que recuerdan al padre Socio que siempre preguntaba “¿cómo estás?”

Todos caminando en un cortejo fúnebre excepcional, hecho de colorido, comparsas con ritmo ancestral de tambor solemne y maracas para marcar el paso, como cuando el padre Godoy danzaba devoto con las comparsas.

Se fueron dando las celebraciones eucarísticas con devota participación: el lunes 25, por la noche, apenas llegados de Caracas, a esas altas horas y sin energía eléctrica, hecho el primer recorrido, llevando en hombros al querido padre José, se celebró una primera Misa, presidida por el padre José Amílcar Lobo, párroco de Timotes. Transcurrida la noche en vigilia de rezos, cantos y conversaciones de viva remembranza, temprano a las 6.00 a. m., una Misa mañanera con el P. Wilfredo García, sdb. A media mañana, después de un segundo trasladado hacia el centro del pueblo, el P. Francisco Javier Contreras sdb presidió una Misa, siempre nutrida la asamblea, respirando un clima de veneración y gratitud por el querido padre difunto.

Un tercer traslado, fue a la Basílica Menor, sede de la Parroquia Santa Lucía, para una Misa solemne presidida por el padre Jesús Abraham Dávila, sdb, y concelebrada con los sacerdotes salesianos presentes; además de los anteriores, también el padre Ramón Álvarez, el padre Nelson Briceño, junto al clero diocesano venido de los pueblos cercanos a Timotes. Entre los fieles, de los grupos de la Familia Salesiana, también se hicieron presentes las Hijas de María Auxiliadora (FMA) y las Hijas del Divino Salvador (HDS), ambas

comunidades provenientes de Mérida, junto a los Salesianos Cooperadores, al núcleo de Asociación de Devotos de María Auxiliadora (ADMA) y al Movimiento Juvenil Salesiano que hace vida en Timotes.

En esa misma Basílica, a horas de mediodía, el Acto solemne de Reconocimientos y Acuerdos; fue el momento para pronunciar los testimonios, honores y discursos en la honrosa memoria del P. José Romualdo Godoy Mora, hijo ilustre de Timotes. Para esa ocasión tan especial se extrañaron las palabras o algún gesto por parte de las autoridades civiles, lamentablemente para su propia vergüenza.

Presentes Su Eminencia Mons. Baltazar Cardenal Porras, Sus Excelencias Mons. Luis Enrique Rojas, Mons. Enrique Parravano y la representación del Clero caraqueño y merideño, junto a todo el pueblo congregado, se hizo el cuarto recorrido por las calles, siempre con las comparsas, hasta llegar al Santuario de San Benito de Palermo, para la Solemne Eucaristía antes de la sepultura.

Una liturgia espléndida en su participación, con el esmero de los signos y cantos preparados; el ritmo de maracas y tambores dejaron espacio a la voz de Dios en su Palabra, en las oraciones y en la homilía de Su Eminencia: nos presentó algunos rasgos del perfil bautismal del paisano sacerdote salesiano sanbenitero, a quien reconoció como Discípulo y Maestro de la fe.

Rezado el Responso con un solemne ritual, los sacerdotes concelebrantes tomaron en hombros el cuerpo del bienaventurado hermano, para llevarlo a un último recorrido; en las puertas del Santuario, entregaron el féretro a los Vasallos de San Benito y a los Custodios de su Reliquia. Con las Comparsas y todo el pueblo timotense, se hizo el último camino alrededor de la plaza, para dirigirse de nuevo al Santuario, a cuyas puertas sonaron 74 campanadas, en recuerdo de los años de vida del padre Godoy. Las letanías de los Santos fue la plegaria cantada, mientras se avanzaba por la nave central, la urna en los hombros de los sacerdotes, para llegar a la tumba, preparada a los pies del Sagrario.

Las oraciones de bendición, la última despedida y las palabras paternas de Su Eminencia, fueron bálsamo de esperanza para depositar con devoción, cual siembra de fe, los restos del Alma bendita del padre Godoy.

Cayendo la tarde, todos en un silencio elocuente, sin quererse ir, hasta cumplir con los primeros procedimientos de la sepultura, con los resguardos de madera, hule blanco y cemento, para conservar con gran honor y respeto al querido padre Godoy.

Después de su largo y amplio recorrido en la vida, su pueblo lo recibió para custodiarlo y comenzar a pedir por su intercesión, cerca de Dios, de María Auxiliadora, de Don Bosco y de San Benito de Palermo. Fue el martes 26 de marzo de 2019.

En nuestro querido padre Godoy se hizo tangible la promesa que nos dejó Don Bosco: pan, trabajo y paraíso. “Estamos ante un exponente de lujo de la escuela salesiana y su espiritualidad en Venezuela”. (Cardenal Porras).

El padre José Godoy, fue el discípulo siempre fiel: a sus orígenes de familia andina, a la vida laboriosa del campo y en las diligencias cotidianas; fiel a su fe de bautizado, con la devoción doméstica y popular de sus raíces, fiel consagrado en la Vida Religiosa y en el ministerio sacerdotal; religioso sacerdote fiel a su congregación y a sus diócesis, en Mérida y en Caracas.

En el hermoso resplandor de su vida, por encima de sus grados académicos, de sus evidentes dones de inteligencia y de personalidad, hay una certeza moral en el corazón de sus familiares, amigos, fieles y sus hermanos en el sacerdocio y en la congregación: es el brillo de su humildad y su sencillez, su profunda piedad y su ardor apostólico, con la calidez del amigo cercano que en algunas ocasiones también supo reconocer sus reacciones de recio temperamento.

Ahora el padre Godoy reposa a los pies del Santísimo, cual faro y luz de nuevas vocaciones a la vida cristiana. Nuestra devoción popular vive en modo especial la veneración para los que se van al cielo por lo bueno que han sido en la tierra: los llamamos bienaventurados. Desde el Paraíso de los Andes, Dios llamó a su Paraíso de vida eterna, al alma bendita del padre Godoy. Amén.